

XXXVI Concurso de Cuentos “Villa de Mazarrón”

- Antonio Segado del Olmo -

2020

AQUELLA PARTE EN LA SOMBRA

FRANCISCO E. PINO

ACCÉSIT

El 17 de Julio de 2020,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Cristina Morales, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Ginés Hernández Anierte y José María
López Ballesta, otorgaron el Accésit de la trigésima sexta
edición al cuento titulado Aquella parte en la sombra,
de Francisco E. Pino.

Francisco E. Pino, nació en Cieza.
Colabora en diversas empresas literarias: desde el
inicio de la revista Caimán hasta el proyecto más
ambicioso de La Sierpe y el Laúd, publicación de la
que fue cofundador y en cuyos primeros números y
separatas participó con dibujos, poemas y
narraciones.

Durante algunos años escribió artículos de
opinión en prensa (diario La Verdad de Murcia, 2003-
2007).

Es autor (sin escena) de ocho dramas, una
comedia, teatro infantil, piezas breves y monólogos.
También de un guión largo cinematográfico y otra
novela, inédita.

Ha publicado los siguientes títulos: Una
Litera llamada Tura, Mujer sola con madre muerta,
Una vida a la enseñanza, Monólogo de un ex
presidente... , La Casa Incendiada y otras piezas
breves, El Océano/Una caja de cartón enmohecida,
La Cárcel Dormida.

El pasado año publicó su novela Obituario,
donde creativamente se adentra en el debate
actual y futuro sobre el suicidio asistido y la eutanasia.

AQUELLA PARTE EN LA SOMBRA

*La desgracia a la puerta vela
y en la primera ocasión se cuela.*

AMÉN, dije sin levantar los ojos del libro. *Nuestro amigo común*. En el que, distraída por las sentencias y comentarios sin cuento de mi madre, no lograba del todo concentrarme. Se iba tiñendo de sombra la vieja casa ancestral. Segunda tarde en el tiempo detenido. El tedioso pulso vibrante en el móvil, que sonó varias veces sin que le hiciera caso. La fatiga de limpiar la casa. El frío, a pesar de las estufas que en aquella hora caldeaban sus tres piezas principales. Cocina, recorda/torio conyugal, saloncito.

Madre e hija, solas en aquella estancia vacía. Buscando el rescoldo de hogar que nos salvara, al menos durante algún tiempo, de la intemperie.

Has dado ya el pésame por la pobre Dora -dijo.

Debí sonreír, los ojos presos en el libro: Mamá, que la Dora no se ha muerto, que ha sido su hermana Ángeles.

Ya. Pues yo la vi. Pero ella tampoco me dijo nada cuando el hermano, así que...

El pueblo, como una olla tapada donde el agua ya quedó fría. Contra el declive urgente de luz, contra el silencio largo que ve morir la tarde: mi madre, allí erguida. Y un gesto sobreactuado: ¡Huy! ¡pero qué dolor de pierna tengo! Es como si, como si... -y la voz, a punto de extinguirse, resurtía- ¡Mira las casas de la plaza!, todas cerradas. No queda un alma. Los hijos arrastran a los padres, echan la aldaba y salen por los postigos.

¿Qué? -me asombró aquella elegía. Aquel exilio en el tiempo. Sentí el quejido de una pared que se contraía o dilataba, como resquebrajándose.

Para poner distancia con el teatrillo odioso de mi última crisis afectiva, vital, volvíamos a la casa cerrada después de un año. Yo, la única hija. Nacida entre dos varones hacía seis décadas. Harta de mí. Otra vez rota.

Ahora me ocupaba de la madre, era mi turno. Un año de una materia sin transcurso ni duración para la anciana, que paradójicamente los tres hermanos *justos dividíamos en exactos cuatrimestres, asignados a la tutela filial de cada uno*.

Tocó mi vez y coincidió, y de alguna manera provocó el último estropicio de mi ya largo infierno conyugal.

Solas. Entre paredes que parecían abrirse. Con frío en los huesos. En plena invernada. Aunque los almendros, en los ejidos y en las lomas del sotomonte, se mostraban ya en florecida plenitud rosácea. La hija, en el sofá carmesí, las piernas sobre un escabel, leía *Nuestro amigo común*, y no pasaba de las primeras páginas: bogaba en el Támesis. Mi madre calentaba su sangre escasa, de pie, frente a la estufa: ¿Hoy qué es? ¿jueves?

No, hoy es lunes -dije.

Lunes. Pues yo me voy mañana con vosotros, eh. No le voy a hacer venir a Alfonso para nada -una luz púrpura, sanguinosa, en los vidrios empañados del mirador-. La enterraron deprisa a la pobre Dora, sí, no sé qué habrá tenido. Ya ves, la que vendía salud de todas las hermanas... ¿Cuándo os vais vosotros?

Nosotras -recalqué- no nos vamos todavía, llegamos ayer. Y la Dora no se ha muerto, mamá, ha sido su hermana Ángeles.

Escrutó el otro lado en el cristal turbio del mirador, estorbada por el reflejo de su propio rostro desconocido. El azogue negro de la noche ocupando ya la plaza desolada, barrida por un viento inhóspito que ordenaba silencio a los deshabitantes.

Pero yo no me voy a quedar aquí -dijo-, para qué. Si os tengo que pagar el viaje, pues lo pago. Mira, ¡hace un viento siempre en esa plaza! A mi tío Pedro no se le ha muerto nadie ¿verdad?

Denegué en un susurro, sin dejar de bogar en el fango lúgubre del Támesis. El libro, apenas comenzado, seguía de cerca el ojo avizor del recogecadáveres.

Ha sido a una prima suya, creo yo, que se le murió una hija. -Aún hirviendo, la escoria del tiempo parecía bullir en su cabeza sobreexcitada y dispersa- Hoy es jueves ¿no?

Sí, jueves- me rendí, sin claudicar aún de la lectura.

Entonces mañana es la fiesta -su mirar perdido registraba el entorno, veía acaso retazos de una vaga luz crepuscular en la tapicería de raso del sofá; donde la hija, sobre un bote, en mitad de un río tenebroso, escuchaba, a veces, paredes

abriéndose en aquel espacio de clausura. Mi madre pareció que me buscaba los ojos.

Oye, y esto de quién es.

El qué -dije, levantándolos.

Esto. La parte. La casa.

Es tu casa -me oí decir, y noté como puntas de vidrio la pertenencia a ese ámbito, extrañamente familiar.

¡Anda, mi casa! Claro. Pero, dímelo de verdad, de quién es.

Es tu casa, mamá -repetí.

La parte también.

Sí, la parte también.

Me quieres tomar el pelo ¿no? Pero si ahí vive mi tío Pedro. Que, por cierto, se le ha muerto una hija, me parece.

Tu tío Pedro murió hace cuarenta años -observé, sin poder evitarlo.

¿Se murió? Sí, es verdad. Y una hija suya se cayó al pozo de la losilla. Y se ahogó.

No creo, era soltero.

¿Mi tío? Anda, pues es verdad -la anciana se asió con fuerza al único barandal de certeza que le quedaba- ¡Madre mía, qué dolor de pierna tengo! Entonces ¿quién se cayó?

No sé... ¿la hija de una prima de tu tío? -aventuré.

¡Claro! La hija de... Un accidente estúpido, válgame Dios, ya era mayorcita. Oye, pero tú cómo sabes eso.

Ya ves.

No, en serio, cómo sabes tú eso.

Recordé que algo de aquello había oído también en otra época. Levanté la vista del libro e imantada se me fue sin querer a la oscuridad del cuarto contiguo. Sentí al instante una orfandad remota. Esquirlas de vidrio, sajiéndome la piel. El deseo súbito de romper a llorar hasta vaciarme. Y un escalofrío de pánico, que me venía de lejos en el tiempo.

Dije: Ahora sé muchas cosas... que antes no sabía.

Y me atrapó la garra de la sospecha. Lo que tal vez era peor aún que la certeza. Lo que pudo haber ocurrido con aquella niña que murió en un pozo.

Pues es verdad -dijo mi madre-, la criatura se cayó al pozo de la losilla y se ahogó.

Vaya -musité, deseando quedarme imperiosamente en el agua tenebrosa del Támesis, junto a aquella otra niña que remaba al lado del recogecadáveres.

Te lo juro. Aunque no debo jurar, porque yo no digo mentiras. Vosotros os vais mañana ¿no?

No -dije-, tú y yo llegamos ayer. Estaremos aquí al menos quince días, en el pueblo.

Entonces porqué me has dicho que os vais mañana, me quieres volver loca o qué. Yo, si os tengo que pagar el viaje, pues lo pago. Pero no le voy a hacer venir a... a ése, estando vosotros aquí.

Vale -dije, y se oyó el quejido de otra pared. Luego, una incierta tregua de silencio, que no duraría demasiado.

¡Ah, Jesús bendito! Escucha el viento de la plaza, da miedo. Voy a cerrar la parte -anunció, iniciando ya la marcha hacia aquellas jambas, repintadas de gris, que se insinuaban débilmente en la sombra, al fondo del cuarto contiguo al saloncito donde invernamos.

¡Quédate quieta, por favor! -le dije-, la puerta ya está cerrada, la parte también -ella se paró, aturdida; tomó asiento en la mecedora de rejilla, y siguió luego hablando como si nada. Como si el fúnebre ulular del viento, afuera, le fuese dictando las palabras.

En esa cama de ahí dentro murió padre. Estaba lloviendo a mares aquel día. Y él ahí tumbado, tan serio, sin hacer ningún caso del diluvio. Sin hacer caso de aquel río de agua que sacudía la casa y se metía por las paredes y hacía charcos en los techos. Y nosotras -tú no te acuerdas Celia porque eras muy pequeña-, entre cubo y cubo de agua veníamos aquí y le rezábamos un padre nuestro. ¡Menudo susto teníamos encima! Y la tristeza, claro. Yo me pensé entonces que ese día, aprovechando Dios lo de padre y el diluvio, iba a ser el juicio final, te lo juro Celia.

Sí -dije-, no lo has contado nunca, mamá. Pero yo no soy tu hermana. Soy Sara, tu hija.

Anda, pues es verdad, eres Sara ¿no? Oye, mañana es la fiesta y no he traído nada decente que ponerme... ¡Huy! ¡Pero qué dolor de pierna, por Dios! Esa parte le tocó al tío Pedro, luego te la vendió por cuatro perras, para algo eras su ojito derecho. Eso es lo que dijo, que te la vendió, aunque para mí que no te costó un duro. ¿No es verdad lo que digo, Celia? Porque yo no digo mentiras, eh. No sé que habrá pasado con aquel coche negro que tuvo, el de la tapicería de piel blanca ¿te acuerdas? Iba tan guapo allí metido, parecía un actor de cine. ¡Pero mira ese viento!, se va a meter en las cámaras y va a levantar hasta las tejas, ya verás.

Sonó el desquiciado pálpito del móvil. No hice caso. Cerré el libro y guiada por una fuerza oscura, telúrica acaso, me acerqué a la media luna del mirador. Buscaba ser yo quien enfrentase ahora la mirada perdida de mi madre: Por qué se quedó aquí tu tío cuando papá murió, le dije.

Y a dónde iba a ir, es su casa. ¡Él nos ayudó tanto! Y yo con cinco críos, tú sabes. Les dio carrera a todos, buena carrera. Menos a la niña, claro, que a esa no le gustaba estudiar. ¡Ah, si no hubiera sido por él!

Aquella náusea. Cómo vino, o cómo pudo permanecer allí todo ese tiempo. Ahora me subía como una herida recién abierta. En aquel pánico sin auxilio.

Si no hubiera sido por él -dije, con la lentitud del odio- yo, tal vez, habría estudiado. Y habría tenido alguna alegría, algún orgasmo decente... alguna vez en mi vida.

¡Pero niña!- -exclamó mi madre- A qué viene esa cochinada. ¡Te voy a limpiar la lengua con jabón! Te voy a limpiar la lengua con estropajo y... Ah, si él no se hubiera ocupado de nosotras, Celia, yo no sé. Porque lo que es la familia de mi marido, qué te voy a contar, y eso que tenían capital, ya lo creo. Por eso luego, cuando murió mi suegro...

Cómo seguir oyéndola, mientras yo estaba desangrándome. Le grité: ¡Vale ya de remover la saca, madre! Venga, vámonos a dormir, estoy muerta. ¡Y no soy Celia, mamá! Soy tu hija Sara, ¡tu hija!

Ya, pero eso que has dicho... ¿Qué has dicho? ¿Qué querías decir?

La aupé de la mecedora. Era ya un saquito de huesos que no pesaba nada. Liviana también de su historia, quedaba solo un lastre antiguo de memoria confusa, que tal vez necesitaba soltar, esparcir en el viento de las palabras, en las playas olvidadas del lenguaje. Pues acaso se iba anunciando ya el tránsito, la consumación.

Vamos a la piltra, se ha hecho tarde –y le anuncié que mañana la llamaría temprano y nos acercaríamos a los puestos; pues debíamos comprar para esos días, al menos algunas patatas y cebollas, algo de fruta.

Y llamar a... ése para que no venga -dijo-, no le vamos a hacer venir para nada. Hoy es jueves ¿no? Entonces mañana es la fiesta. ¡Huy, pero qué dolor de pierna! Lo primero que haga mañana es ir al médico. ¿Oye, pero es verdad que han quitado el ambulatorio de la plaza?

Sí, hace mucho de eso -dije, y la alcé, sentándola en el borde de la cama alta, para acabar de desnudarla.

Mira -indicó con la cabeza la zona del mirador-, solo queda ese viento. Los hijos arrastran a los padres, echan la aldaba y salen por los postigos -luego volvió la mirada hacia el extremo opuesto- ¡Pero qué oscura está la parte! Y ahí, sentado, parece que veo aún a mi tío Pedro, su camisa blanca de hilo, tan guapo él, tan señor.

Me sentí morir mientras miraba. Vi el regreso de todo a la cerrada oscuridad de la parte. Esquirlas de vidrio en todo mi cuerpo. Y esa antigua punzada del odio. Aquel terror sin auxilio, rebasándome ya en su estallido:

¡¡Ojalá siga quemándose vivo en el infierno!! -grité.

¡Pero Celia! -se espantó la anciana.

¡Que no soy Celia, madre! Soy Sara, isoy tu hija!

Y entonces. Como el torrente crecido que todo lo arrasa a su paso. Lo dije todo:

Tu hija, sí, carne de siquiatria desde hace tiempo.

Aunque ahora sé muchas cosas que antes no sabía.

Ahora entiendo el pánico a esta parte de la casa.

Al fin supe qué era aquello tan remoto que...

He visto. He visto claramente

a ese hombre de la camisa blanca.

Aquel que en la oscuridad de la parte sacaba chucherías detrás de las orejas,
debajo de la falda de una colegiala.

Aquel que luego... desgarraba sin piedad el cuerpo
de una niña.

Míralo otra vez, madre. ¡Míralo! No está solo.

¡¡Míralo bien, mamá!!

Quien está ahí, con él, en lo más oscuro de la parte...
es tu hija. Tu hija pequeña, madre... Tu hija.

Ella sentada en la cama, yo a su lado. Nos quedamos mirando durante
mucho tiempo aquella parte en la sombra. El tiempo detenido. Luego, se volvió
hacia mí:

Hoy es jueves ¿no? La criatura... se cayó al pozo de la losilla. Y se ahogó.

Sí, más me hubiera valido -sollocé-, más me hubiera valido.

